

ROBERT
HARRIS

EL DESPERTAR DE
LA HEREJÍA



Gran Bretaña, año 1468. El sacerdote Christopher Fairfax llega a una aldea remota enviado por el obispo de Exeter para celebrar el funeral del vicario que acababa de fallecer. El difunto, apasionado coleccionista de artefactos de otras épocas, murió accidentalmente mientras excavaba en los alrededores. Fairfax se aloja en la vicaría y en los aposentos del religioso fallecido descubre una colección de objetos considerados heréticos, y textos de especialistas en el pasado que sugieren una verdad distinta a la doctrina de la Iglesia, que afirma que el hombre fue castigado con las cuatro plagas: epidemias, guerra, hambruna y muerte tras haberse rendido a la ciencia y a la tecnología. Solo la vuelta a la fe en Cristo salvó *in extremis* a la humanidad. Fairfax descubre que la torre junto a la que murió el vicario guarda numerosos vestigios de la civilización perdida, y todas las pruebas apuntan a que alguien los depositó allí pensando en un futuro donde fuera posible reconstruirla. La lectura de los libros heréticos que ponen en duda el poder omnipotente de Dios y las causas del Apocalipsis, junto con las investigaciones que le sumergen en esa comunidad aislada harán tambalear la fe y las creencias del joven sacerdote.

Índice

1. El valle escondido
2. El padre Fairfax conoce al padre Thomas Lacy
3. Después del primer sueño, Fairfax hace un descubrimiento inquietante
4. Miércoles, 10 de abril: un incidente imprevisto durante el funeral
5. Los planes de Fairfax se frustran
6. Una mano se extiende desde el pasado
7. Jueves, 11 de abril: Las Porquerizas
8. Los registros encierran un secreto
9. Lady Durston
10. La colección del coronel Durston
11. La cena
12. La Silla del Diablo
13. Viernes, 12 de abril: Fairfax regresa a Axford

14. «La Herejía del Mundo Antiguo»
15. El capitán Hancock descubre el secreto
16. En el que conocen al doctor Shadwell
17. Regreso a la Silla del Diablo
18. En el que el señor Shadwell hace una crónica del Apocalipsis
19. Dos sueños en Addicott Mill
20. Sábado, 13 de abril: se forma la expedición
21. El secreto de la casa parroquial de Addicott
22. El señor Quycke ofrece una explicación
23. Comienza la excavación
24. El capitán Hancock descubre la verdad
25. Domingo, 14 de abril: el padre Fairfax y lady Durston pasan la noche en la Silla del Diablo
26. La cámara funeraria
27. En el que la búsqueda llega a su fin

Para Sam

Hasta finales de la primera Edad Moderna, los europeos occidentales experimentaban la mayoría de las noches dos intervalos de sueño principales [...] Al intervalo inicial generalmente se le conocía como «primer sueño» [...] Al siguiente intervalo se le llamaba «segundo sueño» o «sueño matutino» [...] Ambas fases duraban aproximadamente el mismo período de tiempo; los individuos despertaban en algún momento después de la medianoche antes de volver al descanso.

A. ROGER EKIRCH,
At Day's Close: A History of Nighttime

Resultaba imposible cavar más de sesenta centímetros de profundidad en los campos y jardines de la ciudad sin toparse con algún alto soldado del Imperio que había yacido allí en su silencioso y discreto descanso a lo largo de mil quinientos años. La mayor parte de las veces aparecía tumbado de lado, en un hueco oval en la creta, como un polluelo en el cascarón; las rodillas dobladas hacia arriba contra el pecho; a veces con los restos de su lanza junto al brazo; una fíbula o broche de bronce sobre el pecho o la frente; una urna junto a las rodillas, un tarro junto a la garganta, una botella junto a la

boca [...] Habían vivido hacía tanto tiempo, su época era tan diferente del presente, sus esperanzas e intenciones se distanciaban tanto de las nuestras, que entre ellos y los vivos parecía extenderse un abismo demasiado amplio para ser salvado incluso por un espíritu.

THOMAS HARDY,
El alcalde de Casterbridge

1

El valle escondido

A última hora de la tarde del martes 9 de abril del Año de Nuestro Señor Resurrecto de 1468, podía verse a un solitario viajero recorriendo a lomos de caballo los agrestes páramos de aquella región del sudoeste de Inglaterra conocida desde la época sajona como Wessex. Si la expresión de aquel joven parecía atribulada, podemos asegurar que tenía buenas razones para ello. Llevaba más de una hora sin ver una sola alma. Pronto oscurecería, y si era sorprendido sin estar bajo techo después del toque de queda se arriesgaba a pasar la noche en prisión.

Se había detenido a pedir indicaciones en la villa mercantil de Axford, donde un grupo de hombres de aspecto rudo estaba bebiendo a las puertas de una posada bajo un letrero con un cisne pintado. Tras sonreírse entre ellos por su extraño acento, le habían asegurado, imitando el refinamiento de su pronunciación, que para llegar a su destino solo tenía que seguir cabalgando en dirección al sol poniente. Pero en ese momento empezaba a sospechar que podría haberse tratado de una jugarreta de los lugareños, ya que, nada más pasar los altos muros de la prisión de la villa, donde los cuerpos de tres malhechores se descomponían colgados en sus jaulas de hierro, y tras cruzar el río y entrar en campo abierto, unos oscuros nubarrones habían comenzado a cubrir el cielo por el oeste,

impidiendo ver la puesta de sol. A su espalda, hacía ya mucho que la alta torre de la iglesia de Axford había desaparecido bajo la línea del horizonte. Ante él, el camino serpenteaba y se hundía entre despoblados riscos de sombríos bosques y extensiones de matorral veteadas por franjas de aliagas amarillas, antes de perderse en la oscuridad.

En ese instante reinaba un silencio absoluto, la calma que por aquellos pagos solía anunciar que el tiempo iba a cambiar. Todas las aves habían callado, incluso los enormes milanos reales cuyos incongruentes y estridentes chillidos le habían perseguido durante kilómetros. Una bruma gris y húmeda surcaba el páramo formando gélidos velos que se arremolinaban en torno al jinete, quien, por primera vez desde que había partido a primera hora de aquella mañana, se sintió impulsado a rezar en busca de protección al santo cuyo nombre llevaba, el mismo que había cargado a sus espaldas al niño Dios para cruzar el río.

Al cabo de un rato, el camino empezó a ascender por una ladera boscosa. A medida que subía también se estrechaba, hasta convertirse en poco más que una senda para carros: tierra parduzca estriada apenas cubierta por guijarros, esquirlas de pizarra azulada y grava amarillenta, todo ello entretejido por las aguas de escorrentía. Desde las pronunciadas márgenes se alzaba el aroma de la hierba silvestre –pulmonaria, melisa, aliaría–, mientras que las ramas de los árboles colgaban tan bajas que tenía que agacharse o apartarlas con el brazo, descargando torrentes de agua helada que le empapaban la cabeza y le chorreaban por el interior de la manga. De repente, un destello esmeralda acompañado de un grito estridente atravesó la boscosa umbría, y el corazón se le subió a la garganta pese a comprender casi al momento que se trataba de algo tan poco siniestro como un periquito común. Aliviado, cerró los ojos.

Cuando los abrió, vio más adelante, en medio del camino, algo de color marrón, que al principio tomó por un árbol caído. Se secó la cara con la manga y se inclinó en su montura para tratar de ver mejor. Una figura ataviada con un blusón de arpillera, con capucha como la de los monjes, empujaba una carretilla. Clavó las rodillas en los flancos de su yegua para espolearla.

—¡Que Dios sea contigo! —gritó al llegar a la altura de aquella extraña aparición—. Soy forastero en estas tierras.

La figura siguió empujando con más fuerza si cabe, simulando no haberlo oído, lo cual le obligó a adelantarla y a hacer girar su montura para cortarle el paso en el estrecho sendero. Se fijó en que había varios fardos de lana apilados en la carretilla. Luego se aflojó los cordones del cuello de su capa.

—No voy a hacerte daño. Me llamo Christopher Fairfax. —Se echó hacia atrás la empapada prenda y alzó la cabeza barbada para mostrarle la tira de tela blanca que rodeaba su cuello—. Soy un hombre de Dios.

Un rostro flaco y mojado lo miró con los ojos entornados a través de la lluvia. Muy despacio, a regañadientes, la capucha cayó hacia atrás para revelar una cabeza totalmente calva. El agua se deslizaba por la reluciente cúpula de su cráneo, en cuya coronilla se curvaba una marca de nacimiento del color de la sangre en forma de media luna.

—¿Es este el camino a Addicott St. George?

El hombre se rascó la marca de la cabeza y entrecerró los ojos como si hiciera un gran esfuerzo por recordar. Finalmente respondió:

—¿Se refiere a *Adcut*? —Pronunció la palabra con un cerrado acento casi ininteligible.

Fairfax, chorreando agua y a punto de perder la paciencia, replicó:

—Sí, bueno, eso... *Adcut*.

—No es por aquí. Hay un cruce más atrás en el camino, a poco menos de un kilómetro. Tiene que girar por allí. —

El hombre lo miró de arriba abajo. Una expresión suspicaz cruzó por su rostro: una mirada astuta, rústica, taimada, como si examinara a una bestia en el mercado—. Es muy joven para el oficio.

—Y también lo bastante viejo, supongo. —Fairfax forzó una sonrisa e inclinó la cabeza—. Que la paz sea contigo.

Tiró de la brida para hacer dar la vuelta a su añosa yegua gris, y la condujo cuidadosamente por el sendero encharcado hasta dar con el lugar donde el camino se bifurcaba. Era casi imposible encontrar el cruce si no habías sido debidamente advertido. Así pues, era cierto que aquellos canallas de Axford habían intentado hacer que se perdiera, una jugarreta que jamás se habrían atrevido a perpetrar si hubieran sabido que era sacerdote. Debería informar de ello a los alguaciles locales. Sí, eso es lo que haría en el camino de vuelta. Se encargaría de que todo el peso de la ley cayera sobre sus estúpidas y zafias cabezotas: encarcelamiento, una multa, un día en los cepos siendo apedreados con rocas y heces...

Este segundo sendero era incluso más empinado. Árboles vetustos y ya cubiertos de hojas se alzaban a ambos lados del camino, inclinándose a apenas un par de metros sobre su cabeza como si hablaran entre ellos. Sus ramas densamente entrelazadas ocultaban la luz diurna. Dentro de aquel túnel húmedo y umbrío era como si ya hubiera caído la noche. La yegua hizo amago de retroceder y se negó a continuar. Fairfax rodeó con sus brazos el cuello del animal y le susurró al oído: «¡Vamos, May!». Pero era una bestia a la que la edad había hecho rezongona y terca, más mula que caballo, y al final tuvo que descabalgarse y llevarla de la brida.

Fairfax se sintió aún más vulnerable yendo a pie. Llevaba veinte libras en su bolsa para gastos, contadas moneda a moneda la noche anterior por el deán, y muchos eran los viajeros que habían sido asesinados por la mitad de ese dinero. Sus botas resbalaban en el barro mientras tira-

ba de la brida. «Oh, qué broma más refinada», pensó con amargura. El obispo rara vez sonreía, pero eso no significaba que careciera de un peculiar sentido del humor. Enviar a un joven sacerdote a más de cincuenta kilómetros, hasta los confines más alejados de la diócesis, para llevar a cabo aquella misión. Y además montado en una yegua achacosa...

Se imaginó a sus compañeros reunidos para dar cuenta de su habitual cena temprana, sentados en los largos bancos del refectorio de la sala capitular, delante de la enorme chimenea. El obispo inclinaría la estrecha y entrecana cabeza para dar las gracias, con la cara del color de una ostra pese al fulgor de las llamas, y con un divertido brillo malicioso en sus ojillos oscuros. «Y, por último, recibamos por nuestro hermano en Cristo, Christopher Fairfax, que esta noche está sirviendo a nuestra santa madre Iglesia... ¡en una tierra muy muy lejana!»

Las aguas de un arroyuelo cercano parecieron borbotear de risa.

Justo entonces, cuando ya empezaba a desesperar, vislumbró un débil resplandor al final del agreste sendero, y al cabo de varios minutos más de penoso avance emergió a la languideciente luz del día para encontrarse en la cresta de una colina. A su derecha, el terreno descendía abruptamente. Muretes de piedra seca cercaban pequeños campos donde se diseminaban vacas, ovejas y cabras. Desvencijados cobertizos de madera, castigados por los rigores del invierno, habían adquirido el color del peltre. Al fondo del valle, como a un kilómetro y medio de distancia, se veía un río atravesado por un puente. Junto al curso fluvial se alzaba un pequeño asentamiento formado principalmente por casas con techumbre de paja, dispuestas en torno a la torre cuadrada de una iglesia de piedra. Aquí y allá, penachos de humo de un gris blanquecino se elevaban hasta fundirse con el gris más oscuro del cielo. Las nubes que se cernían bajas sobre las colinas circundantes se

alejaban rápidamente, como olas huyendo de una tormenta en mar abierto. Había dejado de llover. Tuvo la sensación de que podía oler los aromas que despedían las chimeneas. A su mente acudieron imágenes de luz, calor, compañía, comida. Su espíritu se reavivó en el fresco y húmedo aire del atardecer, e incluso el ánimo de May mejoró lo suficiente como para consentir que la volviera a montar.

Empezaba a oscurecer cuando entraron en el centro del pueblo. Los cascos de May repiquetearon sobre el puente arqueado de piedra que cruzaba el río e hicieron un ruido de chapoteo a lo largo de la estrecha y enfangada calle principal. Desde su posición elevada a lomos de la yegua, podía atisbar el interior de las casitas encaladas situadas a ambos lados. Algunas tenían pequeños jardines delanteros con vallas blancas de madera, pero la mayoría se abrían directamente a la calle. En un par de ventanas había velas encendidas; en una de ellas, vislumbró la pálida luna llena de una cara, eclipsada rápidamente por una cortina. Al cruzar el portal techado de madera que daba acceso al recinto sagrado, se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Un sendero adoquinado conducía desde el cementerio hasta el pórtico de una iglesia de piedra que debía de llevar en pie en aquellas tierras desde hacía al menos mil años, seguramente unos mil quinientos. En el mástil que coronaba su campanario, colgaba a media asta el estandarte blanco y rojo de Inglaterra y de San Jorge, empapado por la lluvia.

En el extremo más alejado del cementerio, más allá del muro, se alzaba un desvencijado edificio de dos plantas con techumbre de paja. Al fijarse con más atención, vislumbró en el umbral la enjuta figura de una mujer vestida de negro, sosteniendo un farol y observándolo. Durante unos momentos se miraron el uno al otro por encima de las lápidas cubiertas de líquen. Luego la mujer levantó un poco la luz y la hizo oscilar adelante y atrás. Fairfax levantó

la mano, espoleó a la yegua y rodeó el perímetro del camposanto en dirección a la figura que lo estaba esperando.

2

El padre Fairfax conoce al padre Thomas
Lacy

La mujer lo condujo enseguida al piso de arriba para que viera al padre Lacy. Fairfax apenas tuvo tiempo de dejar su bolsa en el pasillo, despojarse de la chorreante capa y quitarse las botas enfangadas antes de seguirla por la estrecha escalera de madera, sintiendo las piernas rígidas y arqueadas debido a las largas horas sentado en la silla de montar.

Hablando por encima del hombro, la mujer le informó de que era la señora Agnes Budd, el ama de llaves, y que había estado atenta todo el día esperando su llegada. Pese a su tono deferente, Fairfax detectó cierto deje de reproche.

El joven sacerdote tuvo que agachar la cabeza para pasar por el bajo dintel de la puerta. El dormitorio estaba frío y olía a cal clorada. La ventana se hallaba abierta de par en par a la azulada oscuridad; en los tablones de madera por debajo de los paneles de cristal emplomado la lluvia había formado un pequeño charco. La tapa negra de un ataúd estaba apoyada contra una cómoda. El propio ataúd estaba dispuesto sobre la cama. En las mesillas situadas a ambos lados del pesado armazón de madera había unas velas encendidas, junto con un libro y un par de